

*In medio Ecclesiae, etc.*

Allá en la primera mitad del siglo XIII, cuando la juventud de la Europa afluía á las universidades para escuchar con avidez la palabra de la ciencia que resonaba en esas magníficas creaciones de la edad media, oíase también en los claustros del convento de santo Domingo, fundado recientemente en Colonia, la voz autorizada de Alberto de Bollstad, á quien su siglo dió el renombre de Grande, que la posteridad le ha conservado. Entre sus oyentes, hacíaase notar un jóven religioso italiano, el cual, á causa de su carácter taciturno, solía ser apellidado por sus condiscipulos, *el gran buey mudo de Sicilia*. Un día fué interrogado por su maestro sobre cuestiones las mas difíciles y espinosas, y al verle contestar con sagacidad sorprendente, «nosotros le llamamos buey mudo, exclamó; pero sabed que los mugidos de su doctrina resonarán bien pronto por toda la tierra.» El jóven dominicano á quien Alberto Magno presagiaba tan grande gloria, se llamaba Tomás de Aquino. Descendiente por sus abuelos paternos de la estirpe imperial de Alemania, y por

su madre, de los antiguos príncipes normandos, conquistadores de Sicilia, había renunciado desde muy jóven los brillantes destinos con que el mundo le brindaba; porque en el secreto de su corazón había escuchado la voz del Señor que le decía, como al antiguo pastor de la Caldea: *sal de tu patria y de tu parentela... y haré grande tu nombre en todas las naciones*. La palabra profética del profesor de Colonia debía cumplirse, porque Tomás había recibido del cielo la alta misión de restaurar la ciencia humana, para levantar después el magestuoso y bello edificio de la ciencia divina.

Sabeis lo que era la ciencia en la edad media: sabeis lo que era la filosofía al principiar el siglo XIII. La obra de los primeros siglos del cristianismo había sido destruida: los hijos del Norte, al caer sobre el imperio romano para ejercer sobre él las venganzas del cielo, habían entregado al fuego y dispersado por los vientos las piedras del edificio aun no acabado de la filosofía cristiana que había costado tantos esfuerzos á los antiguos doctores de la Iglesia. Era preciso, por lo tanto y ante todo, reconstruir y completar este edificio; y en verdad que la empresa era difícil por demás. Los doctores cristianos de los primeros siglos habíanse aprovechado para la obra, de los elementos suministrados por la filosofía pagana que encontraron sobre su camino; pero invadida después por razas salvajes y por pueblos sin historia, la Europa vió sepul-

tarse y desaparecer entre sus ruinas aquellos elementos. Por otra parte, esa misma Europa, que merced á la acción lenta pero segura y enérgica del principio cristiano y á la impulsión eléctrica de las Cruzadas, habia recobrado, por decirlo así, la conciencia de su poder, de su fuerza y de sus destinos; esa Europa que se agitaba en todos sentidos, y se agolpaba á las puertas de la universidad, y llenaba las calles y las plazas para escuchar la palabra de la ciencia, olvidaba con frecuencia en su entusiasmo literario la diferencia entre el bien y el mal, confundiendo la palabra de la ciencia que caía de los labios de san Anselmo y de Alberto Magno, con la que caía de los labios de Roscelin y de Abelardo. El espíritu humano, mientras por una parte se desenvolvía á la sombra de la idea cristiana, por otra emprendía otra vez la lucha siempre antigua y siempre nueva del error contra la verdad. La Europa, en fin, se hallaba en una época de transición, y atravesaba una grande crisis. Era preciso que apareciera un hombre capaz de dominar esa grande crisis literaria y capaz de asegurar el triunfo de la verdad; porque si sabeis leer en la historia, siempre vereis que un gran movimiento social, religioso ó científico, bien sea un movimiento de revolución ó de restauración, no se hace eficaz y permanente, sino á condición de reasumirse mas ó menos en un hombre. Entonces vino al mundo santo Tomás de Aquino. Dirigiendo en torno de sí una mirada escrutadora y pe-

netrante, reconoce la pendiente peligrosa en que se halla colocado el espíritu humano; descubre que la ciencia, en vez de marchar al lado de la fé, tiende á dejarse dominar por el movimiento panteísta y por el movimiento racionalista; conoce, en fin, que para dominar aquella grande crisis científica, es preciso reconstruir, ó mejor dicho, crear de nuevo la filosofía cristiana, sepultada entre ruinas por los pueblos invasores. Entonces fué cuando arrojó en medio de la Europa asombrada sus obras filosóficas y su *Summa contra Gentiles*. La Suma contra los Gentiles, contuvo el movimiento panteísta inoculado en la ciencia por la filosofía árabe; sus escritos filosóficos, hicieron desaparecer el movimiento racionalista que pugnaba por tomar asiento en la universidad católica: aquella y estos, encierran el monumento mas bello y acabado de la filosofía cristiana.

Porque debeis saberlo, señores, la filosofía de santo Tomás, no es, como piensan algunos, la filosofía de Aristóteles, como tampoco es la de Platon, la de los estóicos, ni la de los árabes; la filosofía de santo Tomás es la filosofía de todos estos y de ninguno de ellos. La filosofía de santo Tomás es la razón católica que recoge y depura los fragmentos de verdad esparcidos en la antigüedad pagana; es la filosofía cristiana iniciada por Clemente de Alejandría, por Orígenes y san Atanasio, desarrollada por san Agustín y san Anselmo, llevada á su perfección por el mismo

santo Tomás, profesada por los grandes teólogos del concilio de Trento, y enseñada despues con mayor ó menor pureza por Fenelon y Bossuet, por Pascal y Leibnitz, por Rosmini, Balmes y Ráulica. Cierto, que no encontrareis en la filosofía de santo Tomás, ni los grandes errores de la filosofía pagana, ni el sincretismo de la escuela alejandrina, ni el empirismo esclusivo de Bacon, ni las tendencias racionalistas de la escuela de Descartes, ni el ateismo disfrazado de Spinoza, ni la doctrina de la sensacion y la materia, ni el espiritualismo incompleto y las vacilaciones de la escuela escocesa, ni las afirmaciones panteistas de la filosofía germánica y del moderno eclecticismo; pero en cambio encontrareis allí la refutacion mas completa de todos esos errores. Allí encontrareis una metafísica tan sólida como elevada; una teodicea, que es el desenvolvimiento mas magnífico de la idea de Dios; las ciencias morales, políticas y sociales tratadas con una superioridad incontestable. Allí vereis á la inteligencia poderosa de santo Tomás dominando todos los grandes problemas de la ciencia; el problema de la libertad de la creacion, el problema de los destinos del hombre, el problema de las relaciones de lo infinito con lo finito, el difícil problema de la naturaleza y origen del mal, que tanto atormentaba en otro tiempo al grande obispo de Hipona. Allí encontrareis, en fin, teorías profundas y luminosas sobre la verdad, la belleza y el bien, y hallareis sobre todo, una teoría de la

razon humana, tan admirable por su sencillez, como fecunda en sus aplicaciones; y bien sabeis que el problema de la razon humana, es el problema fundamental de la ciencia, y que su solucion acertada ó desacertada refluye necesariamente sobre todas las demás partes de la filosofía. Santo Tomás, despues de escribir muchas páginas para desarrollar la teoría de la razon humana con todas sus aplicaciones, la reasume casi toda en una de aquellas palabras sencillas y fecundas de que él solo posee el secreto. Conoceis las brillantes páginas de Fenelon y de Bossuet sobre las grandezas y debilidades de la razon humana; sabeis que esta razon humana que tropieza á cada paso en el camino de la verdad, y que se halla rodeada de sombras y oscuridades, es la misma razon humana que dominando la inmensidad del tiempo y del espacio, realiza exploraciones y descubrimientos que revelan un poder sobre todo poder; que despues de haber penetrado las alturas inconmensurables del cielo y las profundidades de la tierra, se lanza fuera del mundo de los cuerpos para recorrer todas las gradaciones y armonías de la verdad. Pues bien; esas brillantes páginas de Fenelon y de Bossuet; cuanto han escrito sobre este punto todos los grandes pensadores; toda la historia, en fin, de la razon humana, con sus grandezas y sus miserias, con su poderío y con su flaqueza, todo se halla concentrado en esta palabra sencilla de santo Tomás, pero de sentido profundamente filosófico: «La razon huma-

na es una participacion de la inteligencia increada, una impresion en nuestras almas de la luz divina.» Es una impresion, una participacion: hé aquí el origen de su debilidad. Es participacion de la inteligencia increada, impresion de la luz divina en nuestras almas: hé aquí el origen de su elevacion y de su poder: *Participatio luminis increati, impressio divini luminis in nobis*. Pero apartemos ya la vista de este punto, siquiera sea con sentimiento; que esas obras filosóficas y esa *Summa contra Gentiles*, y esa grandiosa filosofía cristiana, aunque suficientes para formar la gloria de cualquier hombre, no son mas que una parte muy pequeña de la gloria de Tomás.

Creo haberos indicado antes que solo el cristianismo posee una teología, y es que solo el cristianismo posee la verdad de Dios, y con ella y por ella un gran poder de resistencia y un gran poder de asimilacion: poder de resistencia contra todo error; poder de asimilacion para toda verdad. De aquí es que la teología, es decir, la ciencia del cristianismo, es por su naturaleza una ciencia universal: ciencia divina y humana á la vez, ciencia de fé y de razon, ciencia que toca á todos los objetos, que repele todos los errores y tiende á asimilarse todas las verdades. La creacion, pues, de la ciencia teológica, exigia un conjunto de raros talentos que ningun hombre habia reunido hasta entonces. Habíanse hecho ensayos mas ó menos felices en los siglos anteriores; pero la Iglesia aguar-

daba y aguardaba siempre. Los antiguos doctores cristianos, al combatir los errores que el viento de la herejía arrojaba sobre su camino, labraron algunas piedras para el grande edificio, y hasta la *Ciudad de Dios*; esa revelacion magnífica de la inteligencia poderosa de san Agustin, contenia solo fragmentos para la grande obra, fragmentos inmortales sí, pero fragmentos.

La hora de la Providencia no habia sonado aun. Pero llegó un dia en que Dios suscitó en medio de su Iglesia al hombre que se habia preparado desde lejos en el secreto de sus designios. Ese hombre, cuya inteligencia era una revelacion, cuya razon era vasta como el universo y sublime como los misterios de lo infinito, que poseia el genio de la creacion y una mirada profundamente sintética, presentó al mundo un libro, y en presencia de ese libro el mundo y la Iglesia lanzaron un grito de júbilo y de entusiasmo. Sabéis como se llama ese libro, y sabéis tambien que el grito de entusiasmo y de admiracion con que fué saludada la *Suma Teológica* al aparecer sobre la tierra, ha sido repetido de pueblo en pueblo y de siglo en siglo hasta nosotros. Y es que la Iglesia, la cristiandad y el mundo todo, han visto siempre en la *Suma Teológica* el monumento doctrinal del cristianismo por tantos siglos esperado, la síntesis mas vasta y magnífica de la ciencia, de la razon y de la fé; de la ciencia humana, que se apodera de las leyes que rigen la naturale-

za y la humanidad; de la razon filosófica, que se eleva á las grandes verdades del órden natural que abren el camino á verdades mas altas, *præambula fidei*; de la fé divina, que saliendo del Verbo de Dios, vivifica el corazon del hombre, afirma y agranda los horizontes de su inteligencia. La *Suma Teológica* es, en una palabra, y si es lícito hablar así, la encarnacion del pensamiento de Dios en la obra del hombre.

Pero ¿será verdad que trato de deciros lo que es la *Suma* de santo Tomás? Tanto valdria querer medir la inmensidad del espacio, ó sondear *los abismos de las grandes aguas*. Dejemos esos vanos esfuerzos. Si quereis saber lo que es la *Suma* de santo Tomás, no me escuchéis á mí; abrid ese libro: leed y medita... Y al inclinaros sobre él para leer y meditar, recordad tambien la historia de ese libro desde su aparicion en el mundo hasta nuestros dias. Recordad que en él se inspiraron Durando, Egidio Romano, el Dante y Savonarola; que sus palabras resonaron en los concilios de Basilea, de Florencia y de Roma, por boca de Torquemada, de Juan de Montenegro y Cayetano; que sobre él se formaron aquellos insignes teólogos y controversistas, honra y prez de la religion de santo Domingo en el siglo XVI; Francisco de Victoria, que cual otro Sócrates restaura, sin escribir apenas, los estudios teológicos en España, y Domingo Soto, y Melchor Cano, y Carranza, y aquel Pedro Soto que recorre y conmueve la Europa, reorganiza la uni-

versidad de Dillingen, enseña en la de Oxford, y acudiendo al concilio de Trento por mandato del Papa, escribe desde el lecho de la muerte, y á ruego de los padres del concilio, aquella carta al Sumo Pontífice que tan profunda sensacion causó en las naciones católicas. Sobre ese libro se inspiraron tambien Lainez y Salmeron, no menos que los grandes canonistas y legistas de aquel siglo, Antonio Agustin, Perez Ayala, Covarrubias y Azpilcueta; porque como decia el célebre embajador en Trento de Felipe II, «la *Suma* de santo Tomás, no es menos necesaria á los que se dedican al estudio de las leyes que al estudio de la teología.» Sin duda que el insigne jurisperito habia leído mas de una vez la teoría inmortal de las leyes contenida en la *Suma*. Y si no os basta esto, señores; si no os bastan estos recuerdos, llamad á las puertas de la asamblea mas augusta que vieron jamás los siglos, llamad á las puertas del concilio de Trento que reunia en su seno las eminencias de la virtud y del saber de todo el orbe católico, y allí, al lado de las Santas Escrituras, que son la palabra de Dios, hallareis la palabra de Tomás, hallareis la *Suma Teológica*. Este es sin duda el mayor honor que se ha dispensado jamás, ni dispensarse puede á un libro salido de la mano del hombre. Pero no es estraño; porque, segun la espresion de una de las mayores ilustraciones literarias de nuestro siglo, «la *Suma* de santo Tomás, es el libro mas sorprendente, mas profundo, mas mara-

villosa que ha salido de la mano del hombre, porque la Santa Escritura ha salido de la mano de Dios.» Pero ya es tiempo de compendiar los inmensos trabajos literarios de ese hombre, y de echar una rápida ojeada sobre el camino que hemos andado; porque Tomás se acercaba al fin de su carrera.

Habia escrito de legislación, de moral, de gobierno, de exegesis, de controversia. Habia restaurado y desenvuelto la filosofía cristiana, abriendo al paso nuevos horizontes á la ciencia. Habia dominado el movimiento panteista y el movimiento racionalista que se alzaban amenazadores contra la religion y contra la sociedad. Despues de esto, sentó su tienda junto al Verbo de Dios, y de lo alto de las colinas de la eternidad arrojó sobre el mundo una palabra de verdad y de vida; levantó en medio de los siglos la inmensa pirámide de esa ciencia del cristianismo, cuya base descansa en la tierra y cuya cúspide se oculta en el cielo: escribió la *Suma Teológica*; y en ella y con ella, el testamento de alianza sempiterna entre la razon humana y la razon divina, entre la ciencia y la religion.

La obra estaba acabada, y Tomás podia dormir en paz. Sobre su sepulcro se agolparon por espacio de cien años los pueblos y las universidades del mundo cristiano para disputarse sus huesos, que finalmente encontraron reposo y veneracion en el seno de sus hermanos. Solo faltaba á este hombre una última gloria, y Dios le con-

cedió esta gloria. Todo lo que es verdaderamente grande, todo lo que lleva en sí la señal divina, está destinado á sufrir la prueba del combate y el odio del mundo. Apenas santo Tomás habia descendido al sepulcro, cuando la envidia intentó empañar con su hábito ponzoñoso el brillo de su nombre y de su doctrina. La Europa presenció entonces un espectáculo sublime. Vióse á un anciano de cabeza encanecida llamar á las puertas de la universidad de París, la primera entonces del mundo, convocar á sus profesores y estudiantes y desafiar á los detractores de Tomás, cuya causa se ofrecia sostener. ¿Sabeis el nombre de aquel anciano venerable en cuya presencia enmudecieron los detractores de Tomás? Era Alberto Magno, que á la edad de ochenta años habia salido de la antigua ciudad de Agripina, para defender el nombre y la doctrina de su antiguo discípulo.

Nada os he dicho del concierto de alabanzas que han prodigado al doctor de Aquino los grandes hombres contemporáneos suyos, y los grandes hombres venidos despues, y los doctores, y los concilios, y los Papas, y la Iglesia universal. No es fácil reducir á estrechos límites la inmensidad del grande océano. Tampoco me ha sido posible, desde el punto de vista en que me ha colocado, descender á la narracion de su santidad y de sus virtudes. ¿Quereis saber algo de esa santidad y esas virtudes? La religion tiene una palabra misteriosa que las reasume todas: es la palabra del amor de Dios;

porque el amor de Dios, es el principio, el medio y el fin de la santidad cristiana. Pues bien; escuchad: ese hombre de cuyos labios estuviera pendiente toda la tierra; ese hombre que, para usar el lenguaje de la Escritura, habia disputado de todo, *desde el cedro que se levanta en el Líbano, hasta el hisopo que nace en la pared*; ese hombre, que habia recorrido todas las esferas de la verdad, desde el murmullo que produce en el átomo, hasta la armonía que produce en los lábios de Dios, un día se sentó solitario á los piés de un crucifijo, y de su corazón abrasado por la llama del amor divino, salieron los acentos mas puros, mas santos y mas sublimes, para cantar las glorias del sacramento del amor. ¿Quién no ha sentido su alma dulcemente conmovida, al escuchar ese *Lauda Sion* admirable, y los graves acentos de esos himnos con que el corazón amante de Tomás, saludó entonces al Dios escondido en el grande sacramento? Al escuchar sus santas efusiones y sus llantos de amor, al escuchar sus gemidos sobre el destierro de esta vida y sus tendencias impetuosas hácia la patria celestial, se recuerda involuntariamente á los cautivos de Israel, cuando sentados á la sombra de los sauces de los rios de Babilonia, tristes recordaban las glorias de Sion y entonaban llorosos las canciones de la patria.

Busquemos tambien nosotros ese amor santo de Dios; no olvidemos nunca que esa caridad inefable

que *no ha nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino del mismo Dios*, pesa mas en el peso del santuario que toda la ciencia del siglo. Solo con ella y por ella podemos llegar á la imitacion perfecta del doctor de Aquino: solo con ella y por ella podemos llegar á nuestro verdadero y final destino que es la patria de los santos.

Colegio de santo Tomás de Manila, año de 1862.